

AUSTRALIA'S SPANISH KNIGHT de D.L. Speight

Prólogo:

Este libro que titulamos “Un Caballero Español de Australia” es la historia de Richard Bryant, un inglés nacido en 1911 y fallecido en Australia en 2003. El interés del libro y la razón de su traducción se basa en el hecho de que el Sr. Bryant estuvo en España durante la Guerra Civil trabajando como conductor de ambulancias con las Brigadas Internacionales. A este hecho, ya por si relevante, debemos añadir que Richard Bryant en sus catorce meses vagando por España recaló en Huete, y más concretamente en el Convento de la Merced, al que el llama Monasterio de Santa María y que a la sazón estaba destinado a hospital internacional. Bryant acaba viniendo a Huete a restablecerse de las heridas que le produjo una explosión. Dedicamos todo un capítulo a Huete y a sus experiencias como conductor de ambulancias en dicho hospital. Fue la persona que ideó abrir una puerta junto a la entrada de la iglesia para permitir el paso de los vehículos al interior.

Richard descubre el paisaje alcarreño, las gentes de Huete, el Castillo, los colores de nuestra tierra tan diferente a los de la verde Inglaterra. El final del capítulo dedicado a Huete Mr. Bryant nos expone las razones que le animaron a venir a España.

Mi agradecimiento a D.L. Speight, autor del libro que me ha permitido traducir el capítulo destinado a nuestra ciudad de Huete.



En la foto, tomada posiblemente en el claustro de la Merced, aparece George Green (violoncello), su mujer, Nan Green, posiblemente la del acordeón, fue la ayudante de secretaría del hospital. El hombre del violín es Willi Remmel, un brigadista alemán de Baviera. El de la guitarra es, al parecer, un fontanero de Huete de la época

y el de la bandurria un catalán¹. George Green murió en la batalla del Ebro en 1938

HUETE

El personal que trabajaba en el hospital de Huete estaba compuesto en su mayoría por voluntarios británicos. Se encontraba en la parte este de una pequeña y compacta ciudad y ocupaba un monasterio recientemente abandonado. Una buena elección ya que los Fascistas se lo pensarían dos veces antes de bombardear el histórico monasterio de Santa María, aunque tampoco hubiera sido un blanco fácil. Era un prominente edificio de arenisca de tres plantas y desde el valle tenía casi el aspecto de una fortaleza. Sus dormitorios, servicios, cocinas, comedores y vestíbulos eran muy apropiados para hospital. También sus patios interiores permitían a los convalecientes soldados que pudieran hacer ejercicios y a la vez al personal médico estos patios les permitían escapar temporalmente del trato con heridos y moribundos. Unos cuantos podían encontrar cierto consuelo en la gran capilla de piedra que se orientaba hacia la ciudad y que daba a la Plaza de la Merced.

¹Datos extraídos del libro de Paul Preston “DOVES OF WAR”. Plaza y Janés

Los voluntarios británicos eran Nan Green, la administradora del hospital, Tudor Hart, el cirujano jefe, las enfermeras y Natham Clark, el jefe de transportes. Todos ellos eran ingleses, mientras que Thomas Kerr, la “tendencia”², el encargado de las provisiones, que se preocupaba de que los suministros fueran irlandeses. También participaban en las tareas del hospital españoles de la propia localidad, ayudando con la manutención y mantenimiento del lugar y proporcionando la mayor parte de las necesidades alimenticias de pacientes y personal.

Durante una semana después de su llegada a Huete, Richard fue atendido en el piso de arriba donde estaba “cuidados intensivos” que normalmente atendía a unos veinte casos de gravedad. El examen que le hizo Thomas Hart dio como resultado que no tenía huesos rotos ni órganos dañados e incluso, milagrosamente, tampoco se le apreciaron restos de metralla.

Sin embargo, el hecho de que hubiera sido lanzado al aire por una bomba y posteriormente cayera al suelo como un ladrillo le había machacado cada uno de sus huesos, ligamentos y piel del cuerpo. Aguantó pacientemente el paso del tiempo durante la primera parte de la semana. Según iban pasando los días le iban desapareciendo los hematomas hasta que pudo sentarse y alimentarse por sí

² Intendencia, imagino

solo. Pronto empezó a mostrar deseos de levantarse y comenzar a pasear.

Se le trasladó al piso de abajo con los que estaban convalecientes donde podía disfrutar de la compañía de otros y pasear por el patio por las mañanas y por las tardes. El calor de mediodía ya había desaparecido de dentro. La hora de la siesta. Los demás convalecientes mostraban heridas más visibles. Algunos tenían miembros amputados. Su rápido restablecimiento fue debido sin duda a su buena forma física. Su afición por el ejercicio había comenzado en el equipo de gimnasia de la escuela de Gateshead donde se le envió. Ese entusiasmo por la gimnasia le sirvió para seguir manteniéndose en forma en sus años de servicio en la marina mercante.

Cuando se presentó voluntario para servir en España era un hombre fuerte, fibroso, musculoso y seguro de 25 años. Bajo un pelo oscuro, sus ojos grises miraban constantemente tras un agraciado rostro en el que ya se perfilaban signos de experiencia. Conocía perfectamente su situación y consecuentemente sabía de qué iba la guerra.

Según iba mejorando la movilidad de Richard, comenzó libremente a trasladarse por el hospital y por la ciudad que todavía no había sido dañada por la guerra. Subiendo y bajando animadamente las tortuosas y

empinadas calles³ de Huete le proporcionaron pronto aun más agilidad y mejor estado de forma. El tamaño de la ciudad le garantizaba que siempre aparecieran nuevos senderos que explorar e incluso los que ya conocía bien parecían distintos con el continuo juego de luces y sombras.

Su presencia se hizo muy familiar para la gente del pueblo. Se le reconocía como perteneciente a las brigadas internacionales por su boina con la insignia. Siempre había alguien que se le dirigía desde algún balcón de hierro forjado con un “hola”, el solía levantar la vista y devolver el saludo con una mueca a la vez que saludaba militarmente con el puño cerrado.

Subir hasta la ciudad desde la zona de las huertas hasta lo más alto desde donde se divisaba toda ella, tenía una recompensa especial. Desde arriba podían divisarse las escarpadas estribaciones de La Alcarria y la Serranía de Cuenca que se extendía por el horizonte. Sólo se veían llanuras hacia el sur, las llanuras de La Mancha. El siempre se sorprendía del hecho de que parecieran llanuras interminables de colores ocres, mezclados con rojos, marrones y amarillos que se extendían por las pequeñas colinas del valle. En ocasiones esta tranquila contemplación del paisaje se veía interrumpida por el

³ Calles, en español en el original

ruido y posterior aparición de un avión. Entonces sus pensamientos volvían a la guerra, a la amenaza del Fascismo y a la razón por la que se encontraba en España.

Según iba mejorando Richard en salud, menos soportaba el estar ocioso. Pronto se dio cuenta que lo único que podía hacer era ayudar al hospital en el transporte que era una mezcla de cuatro ambulancias, cuatro pequeñas furgonetas y dos camiones de suministro. Y la ayuda era necesaria. Los vehículos tenían un aspecto deplorable, abollado y sucio y sólo se les hacía algo cuando se averiaban. Además, se les aparcaba en la plaza y en las “calles”⁴ fuera del hospital donde se podían estropear y dañar, incluso robarles piezas y hasta llevárselos. El robo de vehículos era un serio problema. Estos vehículos los conducían en ocasiones los “milicianos” que pensaban que tenían derechos de propiedad sobre ellos o los usaban a veces los desertores para huir.

“! Qué, aprendiste con un Rolls Royce!” exclamaba Nathan Clark cuando Richard empezaba a explicarle algo sobre sus experiencias en vehículos a motor. “Bien, eso fue una vez que hice el curso de seis meses para mecánicos en Wallsend. El curso con Rolls Royce era para chóferes, pero incluía mantenimiento periódico, ya sabes, engrasar,

⁴ Calles, en español en el original

cambio de aceites, ajuste de frenos e incluso equilibrado de ruedas”.

“Así que te hiciste chofer?” “A medias”, contestó, “trabajé para un abogado londinense, le llevaba a Old Bailey y a su mujer a Harrods. Iba tras ella por la tienda y me iba cargando de paquetes”, “le abría la puerta del coche para que entrase o saliese, siempre vestido con mi librea, la verdad es que me sentía como un sirviente”.

Nathan se echó a reír al imaginarse a Richard cuya única concesión al uniforme era su boina con la chapa. “¡De modo que ataviado por completo con traje de chofer, no me lo puedo creer, es que no me lo puedo creer!”.

“¡Pero si era gente encantadora!”, le cortó, pensando que le había proporcionado sin querer una imagen servil de si mismo. “Me trataban bien. Tenía la costumbre de llevarme el coche a casa por las noches y en ocasiones me lo dejaban para el fin de semana, le echaba gasolina y llevaba a mi madre a dar una vuelta por el campo”.

“Eso viene a demostrar simplemente que algunos ricos son decentes”

“Tienes razón”. Su mente se trasladó hasta los Earnshaws que llevaban el negocio de manufacturas químicas en Welwyn Garden City donde el estuvo trabajando antes de salir para España. La Sra. Earnshaw, la mujer del jefe, solía llevar a los trabajadores vasos de cacao o te en los descansos de la mañana o de la tarde. El nunca olvidaría esto. “Tu mismo eres rico y estás aquí arriesgando tu vida y viviendo como un campesino”, añadió Richard.

Se notaba tanto en su proceder como en su forma de hablar la procedencia de clase media de Nathan y Richard sabía que Nathan era un fiel reflejo de la familia Clark. Todos ellos Cuáqueros, no creían en la guerra, aun así Nathan estaba aquí apoyando a un bando de una guerra, aunque, hay que admitirlo, en un papel no combatiente. Pero el jamás le pidió explicaciones sobre esta aparente incongruencia. Tenía la impresión de que era algo demasiado personal.

“Yo no soy un héroe”, dijo Nathan inmediatamente, avergonzado por la sensación de que se había lanzado un cumplido a sí mismo. “En todo caso, hay bastantes socialistas adinerados en la Gran Bretaña”.

Después de tres semanas allí, A Richard se le retiró de la sala de convalecientes y simplemente se le envió al final de un largo pasillo que no se utilizaba. A nadie le importaba, especialmente por el hecho de que resultaba muy útil en sus tareas de transporte. Pero aun así las condiciones para mantener el estado de los vehículos eran muy insuficientes. Todos se aparcaban aun en las “calles” y en la plaza.

“Lo que necesitamos es un garaje con foso”. Su comentario iba dirigido a Nathan según salía de debajo de una de las ambulancias después de cambiarle el aceite. “Eso sería estupendo”, respondió Nathan que simpatizaba con la idea, “pero simplemente no podemos hacer que aparezca por arte de magia de la nada”. “Al diablo con “de la nada”. Hay un sitio frente a nuestras narices”.

“¿Qué quieres decir? “ “¿Qué sitio?”.

“¡La iglesia!” aprovechando que Nathan había dejado de hablar y continuó. “Podemos conseguir ayuda del pueblo para sacar los bancos para leña gratis o para lo que sea, levanta un par de losas de pizarra en el suelo para hacer un foso. Podríamos aparcar todos los vehículos dentro por la noche y ya no habrá más problemas de seguridad” y “¿Cómo los vas a meter allí?. Sencillamente no puedes entrar en la iglesia desde la plaza ni siquiera aunque la puerta principal fuera lo bastante grande. Hay un vestíbulo antes de la iglesia”.

“Oh, Quieres decir el pequeño habitáculo de la entrada, ya he pensado en ello. Podríamos simplemente hacer un agujero en la pared directamente hasta la puerta de la entrada de la iglesia. De este modo nuestros vehículos podrían entrar directamente hasta dentro. Los tenderos del pueblo podrían hacer este trabajo”. A Nathan le pareció que era un buen plan y dijo que solicitaría permiso para seguir adelante con el.⁵

Nan Greene aceptó inmediatamente la propuesta. Nan era una activa y atractiva londinense, con un aire de autoridad natural que le sentaba bien a su papel de

⁵ Con esto ya sabemos de quién partió la idea de abrir un “boquete” en la iglesia de la Merced, su nombre Richard Bryant. Aun se aprecian restos de donde estuvo esa “puerta” impropiciente

administrativa. La idea de poner bajo cubierto el transporte le atrajo inmediatamente.

“Ha sido idea tuya, Richard, de modo que tu te encargas”, dijo Nathan. “Tu sabes lo que quieres. La “tendencia”⁶ te buscará personal para hacerlo y ellos también podrán cavar el foso”.

El trabajo se puso en marcha muy rápidamente, pero una complicación imprevista se presentó al cavar el foso. A metro y medio apareció un esqueleto.

“¡No me digas que hay monjas bajo todas estas losas!” exclamó Richard dirigiéndose a uno de los trabajadores españoles que sabía hablar un poco de inglés.

“Sí, muchas, pero sólo hay problema con esta” fue la respuesta

“¿Qué podemos hacer?”. “Le diré al enterrador que coja el esqueleto y lo entierre en el cementerio. Tendrás que pagarle”. Una vez que se terminó el trabajo, el mando del hospital vino a inspeccionar lo que se había hecho. Nathan dijo de broma que quizá fuera este garaje la obra arquitectónica más despampanante de España. El techo abovedado y las vidrieras le daban un aura especial.

Thomas dijo que un día entraría pronto en ese lugar y no le sorprendería ver a Richard rezando el rosario. Todos rieron la ocurrencia.

⁶ intendencia

Nathan se marchó a Gran Bretaña poco después de que se hiciera el garaje con la pretensión de realizar actuaciones para conseguir adeptos a la causa republicana. Quería que Richard fuera con él ya que estaba convencido que sus experiencias en el campo de batalla serían de gran ayuda a sus proyectos, pero él se negó. Cuando Nathan se marchó, Tudor Hart nombró a Richard jefe de transportes. Ejerció un estricto control sobre ello. Cuando los vehículos volvían al garaje después del servicio, los conductores cogían las llaves y el garaje se cerraba por las noches. Un joven irlandés que estaba recuperándose de sus heridas, se había prestado voluntario para ayudarlo y aunque sabía poco sobre vehículos, siempre era una ayuda contar con dos manos más. Los repuestos eran un problema, sin embargo, Richard podía encontrar normalmente lo que quería en los talleres de las Brigadas Internacionales de Tarancón. Otras veces tenía que ir a Cuenca a por suministros. Las dos ciudades estaban relativamente cerca. En ocasiones se desplazaba a Valencia a recoger suministros médicos. Siempre disfrutaba de la libertad de conducir a través de la Meseta que le recordaba los páramos de Durham y Northumberland, pero no era lo mismo.

La principal relajación para el personal del hospital era la conversación. Hablar sobre lo que se tenía que hacer. Hablar sobre el progreso de la guerra. Hablar sobre tu lugar de procedencia. Hablar sobre la depresión y la política. Hablar sobre el compromiso personal hacia la

causa. Había esencialmente dos salas para charlar. Una era el salón de estar y el comedor del personal. Allí las conversaciones eran principalmente de carácter práctico. La otra estancia era el garaje donde se habían apartado dos bancos pequeños para este fin en particular. Aquí la charla era a menudo más personal y tratando temas más dispares. Después de las cenas, algunas personas solían acercarse por el garaje, quizá para escaparse de la atmósfera del hospital pero sobre todo para disfrutar de la conversación. Y había conversadores importantes. Richard con su experiencia de ambulancias de primera línea tenía una buena colección de anécdotas. Thomas la “tendencia”⁷, un irlandés flacucho y enfermizo pero extrovertido, conocía bien a la comunidad española, sabía hablar español aceptablemente y, en consecuencia, era una fuente valiosa de noticias de carácter no oficial. Y luego estaba Joan Harrison, una enfermera recientemente llegada del frente de Aragón. Era una mujer guapa de atractivos ojos oscuros y de complexión latina. Y podría haber pasado por una de las mujeres de Huete por su pelo oscuro y agradable constitución.

“Bien, si te digo la verdad” dijo Thomas respondiendo a la pregunta del por qué se había hecho voluntario, “Estaba en el paro. Y cuando leí que los Fascistas estaban tratando de acabar con un gobierno elegido democráticamente, pensé que debería hacer algo útil

⁷ intendencia

conmigo mismo. Esto me hizo recordar la larga lucha que hubo que llevar a cabo en Irlanda para establecer la República. Los ingleses capturaron a los líderes, rebeldes como les llamaban ellos y o los ejecutaban o los deportaban a Australia.”

“No fueron realmente los ingleses” interrumpió Joan con indignación, “fue el gobierno británico, la clase gobernante, que trató a los irlandeses fatal. Hasta les dejaron morir de hambre cuando sobrevino el hambre por el fracaso de la patata”. Todos miraron a Joan sorprendidos, ya que con su afectado acento de internado del sur de Inglaterra sonaba como si ella misma fuera de la mencionada “clase gobernante”. Sin desanimarse, añadió como si quisiera finalizar la conversación, “Y ahora es el gobierno británico el que está ayudando a derrotar a la República aquí a través de la llamada política de “no intervención”.

“Bien no voy a discutir de ese tema”, dijo Thomas y los demás permanecieron en silencio aceptando lo que Thomas y Joan habían dicho según su experiencia y entender.

“No deberías haber estado en paro, Joan” sonó por toda la capilla. Era Richard que había roto el silencio con su acento “Geordie”⁸. “Siempre hay trabajo para enfermeras. ¿Qué te trajo a España?”.

⁸ Acento de la zona de Newcastle (Gateshead)

“Florence Nightingale”, dijo Joan abruptamente y con una sonrisa como si eso aclarase la cuestión. Todo el mundo, en Gran Bretaña, al menos, sabía que Florence Nightingale se había convertido en un personaje entrañable por su faceta de cuidar a soldados heridos. Pero eso fue hace mucho tiempo. Afrontando expresiones sorprendidas y expectantes, Joan continuó “Florence Nightingale se hizo famosa cuidando a soldados británicos heridos en la guerra de Crimea. Eso fue hacia la mitad del siglo pasado. Ella estaba aterrorizada por la casi absoluta falta de ayuda médica para los heridos. Fue como si el ejército pensara que ya no eran necesarios una vez que ya no podía luchar. Pero ella luchó para que las autoridades militares suministraran mantas y suministros médicos y creó un aceptable hospital que sanó a muchos heridos. Pronto se le encargó organizar la asistencia en una cadena de hospitales militares en Crimea. Incontables vidas se salvaron por sus esfuerzos”. Se paró pero nadie dijo nada. En ese momento ella cambió su tono de voz a otro más convincente. “Cuando estábamos haciendo prácticas en el hospital Barts de Londres, siempre tuvimos presente la figura de Florence Nightingale. Todos deberíamos intentar ser como ella, se nos dijo, así que por eso estoy aquí”

“En realidad, tu eres como ella” dijo Thomas. Pero Richard tenía una mirada distante. Por fin, habló “Lo que dijiste Joan me hizo recordar a dos Florence Nightingales que conocí en el frente del Jarama,

trabajando día y noche en un hospital de campaña en Colmenar de Oreja. Eran enfermeras australianas”.

Una vez más el silencio. Pronto el se dio cuenta que todos estaban mirando hacia el. Todos esperaban su narración para conseguir saber la razón de que se hubiera visto envuelto en la causa. Sonrió. A todos les gustó la forma en que su bella cara bajo el oscuro y desordenado cabello sonreía ante la más mínima provocación. Sonreía porque pensaba que tenía una buena historia que contar. Pero tuvieron que esperar hasta que supiera por dónde empezar.

“El año pasado yo andaba conduciendo camiones para una empresa química en Welwyn Garden City. Solía transportar los fardos de celulosa por todas partes, a Nottingham, Huddersfield, Batley, y solía reparar los vehículos en la fábrica entre viaje y viaje. El jefe tenía cierta tendencia a la izquierda aunque era un capitalista y cuando la rebelión fascista empezó aquí discutíamos mucho en los descansos. Todos pensábamos que a Franco había que pararle, pero el gobierno no estaba por la labor de hacer nada al respecto, como sabéis. Cuando la gente empezó a presentarse voluntaria para la causa republicana, nosotros hablábamos de eso también.”

“Pues si que nos has hecho un discurso largo” interrumpió Thomas.

“La mayor parte de los compañeros estaban casados y tenían buenos empleos allí así como un jefe aceptable. A ellos les habría supuesto un enorme sacrificio el ir a

España. Mi situación era distinta. Para empezar estaba soltero, no contaba con atadura alguna y" hizo una pausa para reordenar sus ideas. Ahora su voz se hizo más reflexiva. La diferencia les sorprendió. "Imagino que he estado en muchas partes del mundo cuando estaba en la marina mercante, Rusia, China, América e incluso Australia. España no era tampoco un lugar lejano para mi".

"Apuesto a que has cambiado de idea ya", espetó Thomas "Déjale continuar" dijo Joan "Ya sabemos lo que piensas tu"

Thomas dirigió una mirada de falsa disculpa a Richard. "El lugar indicado para ofrecerse voluntario era el cuartel general del Partido Comunista en King Street en Londres".

Thomas pensó que no necesitaba que nos dijera eso pero se contuvo.

"Era diciembre para cuando decidí embarcarme en esta aventura. Yo estaba en Londres con el camión y aparqué justo fuera. Me tomaron nombre y dirección y me hicieron unas cuantas preguntas más, luego me dijeron que se mantendrían en contacto. Uno de los tipos me acompañó hasta la puerta al salir, cuando cogí las llaves del camión para arrancar me dijo con un semblante de sorpresa.

"¿Has venido en eso?" "Naturalmente", contesté. "Bien", dijo, "Andan buscando conductores de ambulancias para la asistencia médica española. Podrías irte a conducir a España" Me dijo dónde estaba su despacho. No estaba

demasiado lejos a sí que me acerqué hasta allí. Los de la ayuda médica a España estaban entusiasmados, tomaron mis datos y en enero recibí una carta donde se me decía que debía unirme a un convoy de cuatro ambulancias que iban a ser enviadas al cuartel general de las Brigadas Internacionales en Albacete. Nunca había oído hablar de ese lugar” Y con un tono como si fuera a terminar su narración, añadió “De todas maneras empezamos en febrero”.

Pero Joan quería saber qué pasó después, cómo eran las ambulancias y si el viaje no tuvo problemas. El se sentía halagado de que ella quisiera oírle más, de modo que continuó.

“Como ya he dicho había cuatro ambulancias. Eran modelos Bedford grandes repletos de suministros médicos y otras cosas superfluas sobre todo cigarrillos y chocolates. Sabes, todas esas cosas habían sido pagadas por suscripción pública y cada una tenía escrito a un lado de dónde venían las suscripciones. Una era de Gales, otra de Holborn, ya no me acuerdo de las otras dos. En todo caso, salimos de Londres a principio de febrero. Cada ambulancia llevaba dos voluntarios delante y dos o tres atrás. No les conocía.”

“Supuse que eran una mezcla entre médicos y conductores. Yo iba en la parte trasera del Holborn con un tipo que se llamaba Ted Fletcher. Era un estudiante de Cambridge, era muy refinado pero con un buen aspecto fornido” y eso que es raro poseer ambas cualidades.

“Pensé que ibas a ser el conductor”, preguntó Thomas. “¡Ya lo creo que quería ser el conductor! El tipo que conducía el Holborn era un principiante en el tema del cambio de marchas. Casi nunca acertaba. Vinimos pegando saltos desde el canal de la Mancha y luego por toda Francia hasta España”

“Deberías haberle llamado “el saltarín”” dijo Thomas, todos se echaron a reír. “¿De modo que no cogiste el volante?”, preguntó Joan

“Sí, una vez que pasamos la base de Figueras, cogí el Holborn y lo llevé hasta Albacete”. “Pues lo llevaste por la mejor parte” dijo Joan como para animarle “conducir por la costa mediterránea”.

“Era ya tu turno de conducir, supongo” dijo Thomas “Pero siempre he pensado que hubiera sido más inteligente conducir por turnos”. “Claro que hubiera sido mejor pero nadie se planteó lo de hacer turnos, aun así el hecho de que. al final, ocupara el asiento de conductor para conducir, es otra lamentable historia. Por toda Francia, siempre que parábamos a descansar, tomábamos un trago del vino del país y siempre que nos quedábamos a dormir, tomábamos más” “No hay nada malo en eso”, interrumpió Thomas.

Thomas no le prestó atención y continuó. “Después de dos días de viaje, algunos del grupo se estaban aprovechando de la situación y se tomaron más de la cuenta. Para cuando llegamos a España, las cosas iban de mal en peor. En este pueblo de Figueras, acabamos teniendo una

discusión sobre cómo lo llevábamos y acabé saliendo del bar cabreado por mantenerme firme en mi postura. El Holborn estaba delante de las cuatro ambulancias y cuando me subí al coche, me quedé sorprendido al ver que las llaves estaban puestas, me metí en el coche y arranqué y me senté a fumar, al rato salieron del bar los demás. Fletcher se sentó a mi lado y el que conducía antes sumisamente se sentó atrás con los demás sin decir ni palabra” “Yo diría que se dieron cuenta de que se habían pasado y lo sabían”, apuntó Thomas.

“Quizá se sentían culpables o temían que dieras algún informe sobre ellos”, añadió Joan. “En cualquier caso, tenías razón Joan, el trayecto costa abajo hasta Valencia fue espectacular, tan distinto de Inglaterra, los naranjales y olivares, las viñas y los campos cultivados, el mar azul al este y las desnudas montañas al oeste. Me pareció como el paraíso después de haber viajado en la parte de atrás del coche desde Francia”

Capítulo 2 titulado HUETE del libro de D.L. Speight titulado “AUSTRALIA’S SPANISH KNIGHT” páginas de la 6 a la 18.

Traducción: Manuel Olarte Madero
(Con permiso del autor)

En Huete a 20 de marzo de 2008 (1ª edición)
4 de marzo de 2009 (2ª edición ampliada)

Epílogo

Desde la primera traducción del capítulo terminada el 20 de marzo de 2008 hasta la fecha se pueden aportar algunos datos añadidos sobre el hospital.

Es de mencionar que el hospital de Huete es una referencia continua en los documentos sobre las Brigadas Internacionales. De hecho sólo hay constancia de dos hospitales de este tipo en la provincia de Cuenca, uno este de Huete y otro en Valdeganga. En los dos trabajó como ayudante de secretaria Nan Green, esposa de George Green, personajes ambos mencionados por el famoso hispanista inglés Paul Preston en su obra "Doves of War" (Palomas de Guerra).

Huete y su hospital ocupa también un lugar destacado en las memorias de Nan Green "A Chronicle of Small Beer". Tanto Nan como George fueron dos comunistas convencidos aficionados a la música¹. Ambos pertenecían como el resto del personal sanitario extranjero al llamado "British Batallion"

El hospital estaba dotado de personal procedente del Reino Unido, Nueva Zelanda, y Australia, también había médicos españoles. De entre los primeros destaca el cirujano Dr. Tudor-Hart. El hospital de Huete, imagino como casi todos los hospitales de este tipo en aquel momento, carecía de lo más básico teniendo los médicos, a veces, que suministrar jabón a los enfermos para desinfectar las heridas siendo además el material médico casi inexistente.

Existen algunas referencias bibliográficas al apoyo que en todo momento tuvieron de los optenses, afanándose en colaborar en las tareas del hospital, bien como aprendices de enfermería, cocineras, ayudantes, limpiadoras, lavanderas, etc.

En lo que respecta a la política parece que hubo tensiones entre los propios brigadistas ya que no todos compartían los mismos ideales, unos eran comunistas, otros laboristas y otros apolíticos y eso provocaba conflictos en más de una ocasión.

El hospital fue abandonado al acercarse el frente a Huete pasando muchas de las personas que aquí trabajaban al de Valdeganga (antiguo balneario no lejos de Cuenca) y a Barcelona. (1938)

Manuel Olarte Madero

¹De hecho alguna persona de Huete me ha dicho que recuerda haber asistido a algún baile en el hospital amenizado por estos aficionados a la música.



La Merced en la actualidad

El hospital ocupaba la parte baja y el actual Ayuntamiento, La nave central de la iglesia de San Esteban era el garaje de las ambulancias



Enfermeras neozelandesas en Huete 1937

De izquierda a derecha:

Renee Shadbolt, Isobel Dodds y Millicent Sharples